

Acapulco, ¹ donde desembarcamos, viéndose el capitán obligado á ello porque su gente estaba muy mala de mareo. Todo el tiempo que anduvimos en el mar del Sur estuve muy alegre, porque esperaba que si topábamos con Mr. Drake, nos cogeria á todos, y de ese modo me veria libre del trabajo y peligro en que vivia, logrando volver á mi patria Inglaterra. Mas como no le encontramos, cuando me convencí de que no quedaba otro remedio, sino que precisamente habíamos de volver á tierra, nadie es capaz de comprender la pena y dolor que sentí interiormente, aunque me veia obligado á aparentar lo contrario. Habiendo, pues, desembarcado, emprendimos al otro día la marcha á México, y las principales ciudades por donde pasamos, fueron: primero, la ciudad de Tuatpec, á cincuenta leguas de México; luego Washaca [Oaxaca], á cuarenta leguas; despues Tepeaca á veinticuatro; y por último, Puebla de los Angeles, donde hay un gran cerro que arroja fuego tres veces al día, cuyo cerro está á diez y ocho leguas de México, casi al Poniente. ² Fuimos luego á Ixtapalapa, ocho leguas de México, y allí nuestro capitán y la mayor parte de los suyos tomaron canoas, en las cuales llegaron á México, despues de haber esta-

¹ Parece evidente que aquí faltan algunas palabras, ó debe decir *Huatulco* en vez de *Acapulco*. En primer lugar, el itinerario á México que señala el autor, es absurdo si el punto de partida fué Acapulco, siendo así que viniendo de Huatulco, no ofrece dificultad. Además, si el regreso hubiera sido á Acapulco, no se diría que el capitán se había visto obligado á ello, por estar enferma su gente, puesto que aquel era el puerto de donde había salido y al que naturalmente debía volver.

² Ha de entenderse, al poniente de Puebla, y no de México, aunque sea esta la ciudad que acaba de nombrarse, y á que parece referirse la designación del rumbo.

do ausentes cosa de siete semanas. El capitán dió cuenta al virey de lo que había hecho, y hasta dónde había avanzado, habiendo obtenido informes seguros de que no se sabia nada del capitán Drake. A lo cual el virey respondió y dijo: "No hay duda de que pronto vendrá á caer en nuestras manos, obligado á salir á tierra en un lugar ó en otro, por alguna necesidad, porque estando en esos mares del Sur, no es posible que salga de ellos: de manera que si no perece en el mar, el hambre le hará salir á tierra." El virey volvió á mandarme que no saliera de la ciudad de México, sino que permaneciera en casa de mi amo, dispuesto siempre á partir una hora despues de recibir la orden. A pesar de esto, apenas había pasado un mes, cuando con ocasion de ir unos españoles á Mecameca, diez leguas de México, á despachar unos cueros y granas de sus haciendas, y habiendo obtenido mi amo licencia del secretario para que yo los acompañase, me fuí con ellos, muy bien montado y provisto. En Mecameca pasamos algunos días, hasta que tuvimos nueva cierta de que la flota estaba pronta á partir: viendo entónces que solo me hallaba á tres jornadas del puerto de San Juan de Ulúa, me pareció que era la ocasion mas oportuna para escaparme. Animábame á ello la circunstancia de saber perfectamente la lengua castellana, que hablaba yo como cualquier español, y pensaba que una vez llegado á San Juan de Ulúa, me seria fácil alistarme de soldado y llegar á España en la misma flota. Así fué, que una noche de luna muy clara me salí secretamente, y cabalgando dos días y dos noches, á veces por el camino y á veces por despoblado, ¹ en la noche del

¹ *Sometimes out, sometimes in*, dice el original, y el lector puede interpretarle á su gusto.

segundo día llegué á la ciudad de Veracruz, distante solo cinco leguas del puerto de San Juan de Ulúa, donde estaba surta la flota. Me proponia descansar allí uno ó dos días; mas no hacia media hora que me había apeado, cuando tuve la desgracia de ser aprehendido y llevado ante la justicia. Prendiéronme en la creencia de que era yo el hijo de un caballero de México, que se había huido de la casa paterna y era realmente á quien buscaban. Una vez preso y presentado á la justicia, hizo mucho ruido el negocio, y todos me acusaban de ser el hijo del vecino de México, lo cual negaba yo redondamente, afirmando no conocer tal hombre; mas no me creian, sino que se empeñaban en que era yo el que buscaban, y al fin me llevaron á la cárcel. Para colmo de males sucedió, que cuando iba yo para ella se halló entre la multitud un pobre vendedor de gallinas, quien dijo á los jueces que cometian conmigo una injusticia, porque él sabia muy bien que yo era inglés y no español. Preguntáronle cómo lo sabia, y le amenazaron con meterle conmigo en la cárcel, suponiendo que decia aquello porque era mi compañero y trataba de ayudarme á huir de mi padre. Entónces por defenderse se mantuvo firme en su dicho de que era yo inglés, y uno de los del capitán Hawkins, agregando que me había visto llevar el sambenito por tres ó cuatro años continuos, entre los frailes agustinos de México. Oído esto le soltaron, y comenzaron á preguntarme si era cierto lo que aquel hombre decia. Viendo que no podía yo negarlo, y cerciorados de que me había escapado de México, y llegaba allí con objeto de huirme en la flota, me enviaron inmediatamente á la cárcel, muy apesarado, y deseando que el hombre que me había conocido hubiera estado entónces á cien leguas; pues aunque en realidad tuvo lás-

tima de mi situación desesperada, y creyó que con decir eso y que me conocia, iba á librarme del peligro en que me vió, lo cierto fué que contra su intencion me puso en el mayor riesgo y peligro de mi vida; pero no quedaba otro remedio sino tener paciencia de mal grado. Apenas me metieron en la cárcel, me echaron un gran par de grillos, y así permanecí tres semanas en la dicha cárcel, donde había otros muchos presos, encerrados por diversos delitos y condenados á galeras. Durante el tiempo de mi prision, encontré entre mis compañeros algunos que ántes me habían conocido en México, los cuales se compadecian sinceramente de mí, y me favorecian con algo que reservaban de sus comidas y de lo demas que conseguian. Entre estos había uno que me dijo saber por un amigo oculto que venia á verle con frecuencia á la cárcel, que pronto me enviarían otra vez á México en una carreta, tan luego como la flota saliese de San Juan de Ulúa para España. Este pobre compañero, por su propio movimiento y sin que yo le pidiese nada, hizo que el dicho amigo, que á menudo venia á vernos en la reja, y á traerle vino y comida, le comprase dos cuchillos con limas en el lomo, cuyas limas eran tan buenas, que bastaban para que cualquier preso limase sus hierros. Trájome uno de esos cuchillos, diciéndome que le había mandado hacer para mí, y me le cedia por el mismo precio que le costaba, que eran dos pesos, ó sean ocho chelines de nuestra moneda. Luego que tuve el cuchillo, me llené de gozo y le oculté en la bota, en el interior de la pierna izquierda. Tres ó cuatro días despues de haberle recibido, me llamaron repentinamente y me llevaron ante el corregidor, quien hizo me quitasen la barra de grillos, y mandó traer de casa de un herrero de la ciudad un nue-

vo par hecho para mí, de otra figura, con una gruesa barra de hierro entre las argollas. Dispuso tambien que me asegurasen las manos con unas esposas, y en seguida me pusieran solo en una carreta que estaba pronta á salir para México con otras mas, hasta el número de sesenta, cargadas todas con diversas mercancías llegadas de España en la flota.

La carreta en que yo iba caminaba por delante de las demas, y de camino, como estaba yo solo, empecé á probar si podria sacar de las esposas las manos, y quiso Dios que por estar mis manos tan flacas, conseguí sacarlas y volverlas á meter, aunque á costa de algunos dolores; de suerte que siempre al ir andando, cuando la carreta hacia mas ruido y los carreteros estaban mas ocupados, me empleaba en limar los grillos. Habiendo caminado por espacio de ocho leguas desde Veracruz llegamos á un cerro alto, y al comenzar la subida quiso Dios que se rompiera una de las ruedas de mi carreta, y con tal motivo se adelantaron las otras. El carretero que me cuidaba trajo un indio carpintero para que remendara la rueda, y ellos se fueron á comer á una venta que una negra tenia por allí. En este paraje, por ser muy pendiente la subida durante mas de dos leguas, acostumbran siempre tomar las mulas de tres ó cuatro carretas, y las ponen todas á una sola para subirla: vuelven luego á bajar, y por el mismo orden van subiendo las demas. Todo sucedió á maravilla, porque al cerrar la noche, cuando ya casi todos los carreteros se habian ido á subir las carretas, viéndome solo, acabé prontamente de limar los grillos, y aprovechando la ocasion de la oscuridad, ántes que los carreteros volvieran á bajar, me escapé y me metí en los bosques inmediatos, llevando conmigo los grillos, las espo-

sas, un poco de galleta y dos quesos pequeños. Entrado al bosque, arrojé mis hierros en un matorral espeso, y habiéndolos cubierto con musgo y otras cosas, caminé solo como pude toda la noche. De esta manera, con el favor de Dios, me des hice de mis hierros, excepto la argolla que llevaba al cuello, y cobré por segunda vez mi libertad.

CAPITULO VII.

En que se cuenta cómo salí de Guatemala, en el Mar del Sur, y de allí fui al Puerto de Caballos, donde tomé pasaje para España: cómo allí estuve otra vez á punto de ser preso, y por la misericordia de Dios pude escapar, volviendo salvo á mi patria Inglaterra, en Febrero de 1582.

Amaneciendo el nuevo día, á la primera luz del sol, advertí el camino que debia tomar para escapar de sus manos, porque cuando me huí entré en los bosques á la izquierda, y habiendo dejado el camino de México á la derecha, determiné tomar el rumbo mismo de los bosques y montañas, tan directamente al sur como me fuese posible, de cuya manera estaba yo seguro de alejarme de aquel camino que va á México. Yendo, pues, por los bosques, ví al Norte muchas grandes lumbradas, á no mas de una legua de la montaña donde yo estaba, y caminando á pié, con mi argolla de hierro al cuello y mi pan y queso, encontré en la misma mañana una partida de indios que andaban cazando venados para mantenerse. Hábléles en lengua mexicana: díjeles cómo los crueles españoles me habian tenido mucho tiempo preso; y les rogué me ayudasen á limar mi collar de hierro, cosa que hicieron de muy buena gana, alegrándose mucho conmigo de que hubiese yo salido de poder de los españoles. Pedíles luego que me diesen uno de ellos mismos para que me guiase por aque-

llos montes desiertos hácia el Sur, lo cual tambien hicieron de buena voluntad, y de esa manera me llevaron á un pueblo de indios, ocho leguas de allí, llamado Shalapa, donde me detuve tres dias, porque estaba yo algo enfermo. En este punto, con el oro que habia yo cosido en el forro de mi jubon, compré á uno de los indios un caballo que me costó seis pesos, y caminando al Sur, dentro de dos leguas alcancé á un fraile franciscano á quien habia yo conocido mucho en México, y sabia que era un buen religioso, que lamentaba la crueldad usada con nosotros por los inquisidores, y ciertamente me trató con gran benevolencia. Teniendo, pues, confianza en él, le dije que mi intención era probar á salir de aquella tierra, si hallaba embarcacion, y por tanto le pedía su auxilio, noticias y consejos para lograrlo. Así lo hizo con toda puntualidad, no solo informándome del camino mas seguro que podia tomar, sino acompañándome él mismo por espacio de tres dias, y siempre que pasábamos por pueblos de indios, quienes nos trataban y mantenian bien, recogia algo entre ellos, hasta juntar veinte pesos, que al tiempo de separarnos me entregó generosamente. Así llegué á la ciudad de Guatemala, que dista de México unas doscientas cincuenta leguas, y me detuve en ella seis dias, porque mi caballo estaba cansado. Continué luego mi camino, siempre al Sur y al Sudeste, durante siete jornadas, pasando por ciertos pueblos de indios, hasta que llegué á uno distante trescientas nueve leguas de México, rumbo directo al Sur. Preguntando allí cómo podria ir al Puerto de Caballos, en el mar del Nordeste, me dijeron que en aquel camino no hallaria pueblo alguno en diez ó doce dias, por lo cual alquilé dos indios guías, y compré gallinas y pan para mantenernos durante tan largo

tiempo. Llevamos tambien lo necesario para encender fuego todas las noches, tanto por causa de las fieras, como para guisar nuestra comida. Cada noche, cuando parábamos, los guías indios acostumbraban hacer dos grandes lumbradas, y en medio de ellas nos colocábamos nosotros con mi caballo: durante la noche soliamos oír los rugidos de los leones, tigres, onzas y otros animales, y á veces los veíamos en la oscuridad con unos ojos como ascuas. A los doce dias de viaje llegamos por fin á Puerto de Caballos, en el mar del Este, distante de Guatemala doscientas leguas al Sudeste, y de México cuatrocientas cincuenta leguas próximamente. Es un buen fondeadero para barcos, y no tiene castillo ni baluarte. Despedidos mis guías bajé al puerto, donde ví unos buques cargados principalmente de vinos de Canarias: allí hablé con uno de los maestros, quien me preguntó de dónde era yo. Respondíle que de Granada; y me contestó, que segun eso éramos paisanos. Le propuse que me llevase á España en su barco, pagándole mi pasaje, y dijo que estaba conforme, con tal de que le presentase yo un salvoconducto ó documento, por el cual viese que no corria peligro en llevarme, pues decia él que pudiera ser que hubiese yo muerto algun hombre ó estuviese adeudado, y por eso me quisiera huir. Aseguróle que no habia nada de eso; y por último, convenimos en que por sesenta pesos me llevaria á España. Me puse muy alegre con esta buena fortuna, é inmediatamente vendí mi caballo y compré mi provision de gallinas y pan para la travesía. Dos dias despues dimos á la vela, y no nos detuvimos en ninguna parte hasta llegar á la Habana, que del Puerto de Caballos dista por mar quinientas leguas. En la Habana encontramos toda la flota española que regresaba

de las Indias, y allí me ajusté de soldado para servir en el navío almirante en que iba el general. Mientras estuve allá, llegaron de España cuatro barcos llenos de soldados y artillería: dejaron allí mismo doscientos hombres y cuatro piezas grandes de bronce, á pesar de que el castillo estaba ya suficientemente artillado: otros doscientos hombres fueron enviados á Campeche con artillería: doscientos á la Florida, también con artillería, y cien por último á San Juan de Ulúa, donde tienen suficientes cañones, y de los nuestros, es á saber, de los que teníamos en el "Jesus," y de los demas que habíamos puesto en el lugar donde el virey hizo traicion á nuestro general Mr. Hawkins, como queda referido. El envío de estos soldados á cada uno de los puntos dichos, era por orden del rey de España, quien al mismo tiempo escribió al general de su flota, mandándole que hiciera aquel reparto, y señalándole también la derrota que habia de seguir para volver á España: decíale que por ningún motivo se acercara á las islas Azores, sino que se mantuviera mas al Norte, y le daba noticia del número y fuerza de los buques de guerra franceses que D. Antonio tenía entónces en la Tercera y en las islas dichas. El general, bien considerado todo, y la gran suma de riquezas que debia llevar á España, guardó y obedeció puntualmente todo lo mandado, porque en verdad tenia en la dicha flota treinta y siete buques, y en cada uno habia treinta bar-

1 Es decir, D. Antonio, prior de Crato, que disputaba á Felipe II la corona de Portugal, y que despues de sus derrotas se habia refugiado en aquellas islas, donde se apoyaba en una escuadra francesa. Pocos meses despues, en Julio de 1582, el marqués de Santa Cruz derrotó completamente esa escuadra, y D. Antonio tuvo que huir á Francia, donde murió oscuramente en 1595.

ricas de plata, uno con otro, ademas de gran cantidad de oro, grana, azúcar, cueros y cañafístola, con otras drogas de botica. Nuestro general, que se llamaba D. Pedro de Guzman, proveyó y puso buena orden en todo, hasta donde pudo, para la mejor fuerza y defensa, por si fuera necesario, y mandó, so pena de muerte, que ningun pasajero ni soldado entrase á bordo sin su espada y arcabuz, con pólvora y balas, á fin de hallarse en mejor estado de resistir á la flota de D. Antonio, si le acontecia encontrarla, ó alguno de sus buques, y siempre que el tiempo estaba bueno, el general mismo solia pasar de uno á otro barco para cerciorarse de que cada hombre estaba provisto como él lo habia ordenado. Mas si he de decir con verdad mi opinion, dos grandes buques de guerra buenos habrian hecho gran destrozo en nosotros, porque en toda la flota no habia buques fuertes y bien pertrechados sino los del almirante y vice-almirante; y ademas la flaqueza y mal avío de los otros, estaban todos tan cargados, que si se vieran acometidos, les fuera imposible resistir mucho tiempo. Sea como fuere, así dimos á la vela, y tuvimos malísima travesía de vuelta, segun fué el tiempo de contrario. Tomamos rumbo al Nordeste, y nos remontamos hasta los 42 grados de latitud, para estar seguros de no tropezar con la flota de D. Antonio. Gastamos en el viaje desde el 4 de Junio hasta el 10 de Setiembre, sin ver tierra alguna, hasta que llegamos á las Arenas Gordas, cerca de Sanlúcar. Dióse allí orden de que nadie saltase á tierra sin licencia; y en cuanto á mí, conocíome uno del buque, quien dijo al maestre que era yo inglés. Fortuna mia fué que acerté á oirlo, que de lo contrario me costara la vida. A pesar de eso, no me dí por entendido, sino que me mostré muy alegre y re-

gocijado de nuestra feliz llegada. A poco vino la licencia para que desembarcásemos, é insté para ir con los primeros; pero el maestre llegó y me dijo: "¡Hola! vos habeis de ir conmigo por agua á Sevilla." Comprendí muy bien que trataba de ofrecirme por víctima al Santo Oficio, porque el celo ignorante de algunos de estos supersticiosos españoles es tal, que piensan haber servido mucho á Dios cuando han traído algun hereje luterano al fuego en que le han de quemar, y por tales nos tienen. Como sabia bien todo esto, me propuse no dar lugar á sospecha, sino que continué muy contento; pero veía que era llegada la hora de proveer á mi seguridad. Espié, pues, la ocasion de que el maestre estuviese durmiendo en su camarote, y me descolgué por los obenques al bote del barco: no perdí tiempo en cortar el cabo que le detenia, y halé por el cable hasta la ribera, donde salté á tierra y dejé que el bote se fuera por donde quisiese. De esta manera, con el favor de Dios, escapé aquel dia, y no me detuve un instante en Sanlúcar, sino que toda la noche anduve por el camino que habia visto tomar á otros que iban á Sevilla, á donde llegué á la mañana siguiente. Busqué luego un maestro con quien ejercitar mi oficio, que era el de tejer tafetanes, y habiéndome acomodado, me dediqué á mi trabajo, sin atreverme á salir por nada de este mundo á la calle, temiendo ser conocido. Estando de este modo, á los cuatro dias oí decir á uno de mis compañeros, que segun le habian contado, se buscaba con grande empeño á un inglés venido en la flota. "Vaya un hereje luterano, dije yo: ojalá le conociera, que de seguro le entregaria al Santo Oficio." Y continuaba yo de puertas adentro en mi trabajo, fingiéndome algo malo, y diciendo que queria yo trabajar todo lo posible pa-

ra comprarme vestidos. Al cabo de los tres meses de esta vida, pedí mis salarios y me compré ropa nueva, totalmente diversa de la que traia á bordo; mas con todo, no me atrevia á salir mucho, hasta que supe que en Sanlúcar estaban unos buques ingleses con destino á Inglaterra. Tomé entónces un bote y fuí á uno de ellos, á cuyo maestre pedí que me llevase consigo á Inglaterra, y en secreto le descubrí que era yo uno de los que el capitan Hawkins habia echado á tierra en las Indias. Me suplicó muy cortesmente que le excusase, porque no queria tener nada que ver conmigo, y por tanto me rogaba que me volviese por donde habia venido. Oyendo esto, me despedí de él lleno de tristeza y no sin lágrimas. Fuíme en seguida al Puerto de Santa María, tres leguas de Sanlúcar, y me alisté de soldado en las galeras del rey que iban á Mallorca. Llegados allá en los últimos dias de la Pascua de Navidad, encontré dos buques ingleses, uno de Lóndres y otro del país de Gales, que estaban ya cargados y listos, aguardando solo viento favorable para partir. Me dirigí al maestre del uno de ellos, que era de Gales, y le conté que habia estado en España dos años para aprender la lengua, y que ahora deseaba volver á mi país y ver á mis amigos, porque me faltaban medios de vivir. Habiendo, pues, ajustado mi pasaje, nos dimos á la vela, y de este modo, por la bondad de Dios Todopoderoso, despues de diez y seis años de ausencia, y de haber pasado muchos y grandes trabajos y calamidades de diversas especies, segun en esta relacion se ha contado, volví á mi patria Inglaterra en el mes de Febrero de 1582, en el buque llamado el "Landret," y desembarqué en Poole.

(Continuará).